



Emmanuel Levinas: de la diferencia a la hospitalidad

William Rojas Cordero

Universidad de La Salle

wrojasc@lasalle.edu.co

Palabras clave: alteridad, hospitalidad, Levinas, el otro

Resumen

La frase con la que Levinas inicia *Totalidad e Infinito* (1961) “La verdadera vida está ausente”, constituye el deseo de lo no presente, de lo complejamente metafísico. El filósofo lituano con su propuesta pretende ir *más allá*, incluso de la misma metafísica, es decir, establece una *metaética*, donde, incluso, según Dussel, “la crítica a la ontología heideggeriana ha sido efectuada por Levinas” (DUSSEL, 1974, p. 176). Dicha crítica, más que a la pura ontología, la hace a las formas dialogales de ver al *otro*, de acudir a su encuentro superando la intolerancia, la guerra, la violencia y las relaciones transitivas que degeneran el encuentro con el *otro* y delimitan su infinitud.

La ontología como condición esencialista, limita y determina, evita la posibilidad de proyección y libertad en el sujeto, lo considera como ya hecho y terminado, incluso destruye la posibilidad de encuentro consigo mismo y con los otros, -rasgos de la filosofía occidental y vestigios del estructuralismo-. El ontologismo es entonces *egoísmo* y, por lo tanto, una filosofía así deviene en egología, donde reina el sujeto, el yo, el mismo; que se impone ante el otro y lo engloba sin distinguirlo, lo hace concepto para generalizarlo, lo despoja de su individualidad, lo arrasa en virtud de la universalidad y de la coincidencia entre el pensamiento particular y la alianza con el ente.

Pero es gracias al lenguaje¹ que se transpone el papel de lo netamente esencial por el “de otro modo que ser”, en este caso, lo “más allá de la esencia”, es decir, lo inescrutable, pero

¹ No solamente en Heidegger con *Ser y tiempo* (1927) o *La Carta sobre el Humanismo* (1946), sino también en la literatura y en el mismo Blanchot: los buenos amigos de Levinas.



VI CONGRESO LATINOAMERICANO DE FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN BOGOTÁ, JULIO 12 - 14 DE 2023

Hospitalidad y reencuentro: volvernos a ver para pensar el sentido de la educación y de la filosofía

a la vez con posibilidad de ser, de proyectarse, para ensalzar la exclusividad del otro. Además, es el “cara a cara” lo que salvaguarda la relación egoísta y determinante de la ontología, asunto que Levinas va descubriendo poco a poco en *La búsqueda de la existencia* con Husserl y Heidegger (1949).

La metafísica, al contrario de la ontología, es un movimiento de lo *en sí*, (*Mismo*) particular y proyectable hacia un *fuera de sí* (*Otro*), por ejemplo, hacia lo extranjero y extraño. Este es el movimiento metaético e infinito del *Mismo* hacia *el Otro*, motivado por el *Deseo* metafísico insatisfecho, absoluto, inconsumable y regido por lo intransitivo. Lo deseable es el *Otro* que se encuentra -en virtud de su diferencia- infinitamente distante de mí, en él mora el ser, este otro desborda cualquier idea que se haga de él, es inagotable, indeterminado y no finitamente conceptualizable.

En este texto veremos, primero, cómo se pasa de *la diferencia al encuentro y del consenso a la hospitalidad*, para dar paso, en segundo lugar, al *deseo como alteridad, exterioridad y cara a cara*, postulados que, en tercer lugar, llevan a centrar la atención en *el yo, el prójimo, el amor, Dios y el tiempo* como categorías fundamentales del cuerpo filosófico levinasiano.

1. De la diferencia al encuentro y del consenso a la hospitalidad.

El encuentro con el otro supone “diferencia”, el *yo mismo* contiene diferencias que se ven reflejadas en el acercamiento al otro. Por tanto, es imposible pensar el encuentro y el consenso sin la responsabilidad, del tal modo, el papel de la habilidad de responder por algo, es una condición sin la cual no se origina el encuentro. Diría Levinas, se debe entender la responsabilidad “(...) como la estructura esencial, primera, fundamental, de la subjetividad” (LEVINAS, 1991, p. 89). Ahora bien, el consenso no debe entenderse como la simple resolución del conflicto solamente, sino bajo el compromiso ético, responsable e infinito de la alteridad. El consenso es actividad cotidiana, con la naturaleza, las cosas y los otros, con quienes me encuentro segundo a segundo, en los cuales, por y para los cuales cabe la posibilidad del disenso, punto equilibrador de las sociedades.

En *Totalidad e infinito* el encuentro no se manifiesta sólo en lo físico, se descubre el otro en su rostro; tampoco en la condición aparente, ni en lo que simplemente intuimos con



VI CONGRESO LATINOAMERICANO DE FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN BOGOTÁ, JULIO 12 - 14 DE 2023

Hospitalidad y reencuentro: volvernos a ver para pensar el sentido de la educación y de la filosofía

nuestros sentidos. Es en el alma donde la dimensión de lo psíquico yace la vida interior que permite asumir el pasado y replantear el futuro, es la forma de escapar de la totalización a la que nos reduce la existencia de la historia, es la oposición a lo general y globalizado, al concepto universalista. El otro no puede perder su particularidad, su diferencia. En este caso, la diferencia bajo la cual los estándares se constituyen no en universales sino en “lo distinto”, marcan la individualidad y la exclusividad.

El consenso de por sí implica “encuentro”, es base convivencial, pero sin acción determinante y cohartante de las libertades, sin sobre-exigencias o ganancias particulares, debe ser, por tanto, infinita responsabilidad del uno para con el otro. La intencionalidad de la *diferencia, el encuentro y el consenso* se manifiesta en una posible dialéctica mediada metafísicamente por la alteridad plena bajo el compromiso, asunto que Levinas delimita por el hecho de pensar que “(...) desde el momento en que el otro me mira, yo soy responsable de él sin ni siquiera tener que tomar responsabilidades en relación con él; su responsabilidad me incumbe. Es una responsabilidad que va más allá de lo que yo hago” (LEVINAS, 1991, p. 90). Se evidencia, por tanto, que el proyecto de “lo humano en el otro” debe ser realidad constante e imperativa.

La ética es responsabilidad misma, donde la diferencia y el consenso forman parte inherente, dicha ética es una *relación* de hombre a hombre, individuo a individuo, de particularidad a particularidad, donde se reconocen sus diferencias gracias a que se *encuentran* de forma dialogal, no solo de poder. Es también, el lugar donde se desenvuelven las relaciones laterales y colaterales entre individuos, pese a la acción reduccionista y social de la cultura.

La afirmación del “encuentro con el otro”, presupone, antes que nada, una relación estrecha con el lenguaje, para configurar, -gracias al consenso-, uno de los parámetros fundamentales de la alteridad. Con esto, se ratifican constantemente los postulados de la no soledad, la fraternidad, el amor, el “no matarás” y el rostro del otro; todos, en contra de la anulación del otro y lo otro, bajo el enorme peso de la responsabilidad y el profundo respeto por las diferencias que acontecen en la cotidianidad de las relaciones humanas, naturales y sociales. Ahora bien, “de la diferencia al encuentro y del consenso a la hospitalidad” no pretende homogenizar al sujeto, sino, brindarle la posibilidad de verse y ver al otro como ser de innumerables situaciones de subjetivación, diferenciadas en el encuentro, el consenso, el



disenso y, por supuesto, en la hospitalidad. Entendamos que la hospitalidad no es otra cosa que ir con cuidado al encuentro del otro.

2. *El deseo como alteridad, exterioridad y cara a cara.*

Somos sujetos de deseo, no solamente regidos por el deseo de ir hacia el Otro y lo otro, estamos de tal forma abarcados por la trascendencia, que nos constituimos en posibilidad para que suceda la alteridad, pues la manifestación del *Otro* es la que genera en el “*mismo*” un cuestionamiento de sí y el *Deseo* hacia el ser que mora en el “*otro*”. A este cuestionamiento del *Mismo* y *el Otro* se le denomina *ética*. El deseo, además de metafísico es ético, éste rige nuestro diario vivir. El deseo está significado por los cotidianos antagónicos; el decir y el no decir, querido y no querido, apetecido y no apetecido o incluso la decisión de “ser” existente.

El deseo siempre está presente como la constante preponderante, incluso en la historia de la filosofía, nos referimos al deseo usual de los griegos por la coherencia de vida, plasmado en la virtud, asunto muy parecido al de los medievales, solo que desde la cercanía al estatuto divino y, en los modernos, se manifestaba gracias a lo planteado por la misma razón, el deseo de la verdad, del conocimiento.

Desde el contexto moderno, es Spinoza (1632 – 1677) se afirma “el deseo del sujeto natural” como perteneciente al mundo ético desarrollado en *La ética argumentada según el orden geométrico (escrita entre 1663 y 1675)*. No examino a otros pensadores ni anulo la posibilidad de reflexión que han tenido en torno al deseo. Ahora bien, Levinas constituye un nuevo apartado en la filosofía, por las relaciones entre alteridad y exterioridad, al proponer el deseo como lo racional² y lo no racional, “mi deseo es *ad intra* y *ad extra*”. Toda la literatura levinasiana es semilla del deseo de la alteridad, aunque se observe con mayor ímpetu en *De la existencia al existente (1947)* y *Totalidad e infinito (1961)*. Patricio Peñalver uno de los principales comentaristas sobre el pensamiento del filósofo lituano dice en un ensayo titulado “*Suplemento acerca de algunos desengaños de la filosofía en los campos*”:

² Pues sería ilógico que el animal deseara, y si lo hace nunca sabría que lo hace y mucho menos sus manifestaciones de afección. Recordemos a Spinoza en la tercera parte de su ética nos habla *Del origen y de la naturaleza de las afecciones*. Luego coloca al hombre a merced de sus deseos, por tanto, las afecciones contienen en sí una fuerza tal que dominan hasta lo inconcebible e inconseguible.



Dos voces esencialmente cómplices con lo que en De la existencia al existente y en el resto de su obra Levinas ha dado al pensamiento contemporáneo, pero más fascinada la una por las radicalidades de esa filosofía del Deseo y la Alteridad, más preocupada la otra por mantener los lazos de esa apuesta heterológica con la tradición o las tradiciones de la filosofía europea clásica y moderna (LEVINAS, 2000, p. 138).

En este contexto, manifestamos un deseo metafísico eterno y constante, no tenemos necesidad de buscar el Deseo, éste siempre está, el *Deseo* no es necesidad, ya que siempre pretende satisfacerse, tomar del Otro para Sí es inagotable y se despierta por lo deseado, no nace de sí Mismo, sino por la alteridad. Lo que motiva la búsqueda de la verdad, por ejemplo, es el deseo que ésta representa frente a lo otro, es el *deseo*, que sólo se da ante la presencia de lo deseado, que es lo otro. No surge de una necesidad del Mismo, el deseo está en el otro y en lo otro, por lo tanto, aparentemente quiebra con la subjetividad, pues el Mismo no se basta por sí solo en esta búsqueda, necesita del otro y de su *exterioridad* para abordarlo.

La exterioridad del otro, es decir la alteridad, lleva inscrita consigo la infinitud, de tal modo que, la relación infinita entre el *sí mismo* y *el otro*, es *asunto* no limitado, por el contrario, ilimitado en todas sus manifestaciones, incluso las del conocimiento acaecidas en el ente humano, -en el existente-, y, por lo tanto: “Lo infinito no es precisamente un término. La Búsqueda y la Pregunta que inspiran esa Andadura vienen del Deseo de lo Infinito” (LEVINAS, 2000, p. 12). La andadura –reiteramos- se refiere al conocimiento del otro, al desnudamiento metafísico del rostro del otro.

“Pero cuando el Conocimiento, al devenir Filosofía, quiere dar satisfacción al Deseo de lo infinito, como se da una respuesta a una pregunta en el proceso del conocimiento, la Pregunta surge” (LEVINAS, 2000, p. 13). Y la respuesta no da espera, el deseo infinito de lo metafísico se constituye en ir hacia el Bien y el Tiempo de la alteridad, incluso de otro que quiera hacer- (me) daño. Ahora bien, en la exterioridad del otro lejano se verifica la infinita responsabilidad. En ese otro desconocido mediado por lo Infinito es donde se comprende la aparición frente a frente, cara a cara, y por tanto, ésta es la alteridad del prójimo (LEVINAS, 1991, pp. 231- 242). Debemos afirmar, que la Totalidad y lo Infinito es “Dios” como el mismo Levinas lo afirma en *Ética e infinito* (LEVINAS, 1991, p. 97). Entonces, lo que motiva el movimiento, que no aspira al retorno, del *Mismo* hacia *lo Otro*, es el *deseo* de la verdad que yace en la exterioridad absoluta



del Ser. Es la exterioridad del otro lo que se hace deseable y, por tanto, en la metafísica radican los postulados de la idea de lo infinito.

Pensemos en la expresión “ir hacia el otro”. Comencemos diciendo que el “Ir” puede manifestar camino, distancia, recorrido, pero sobre todo “relación” y “encuentro” con un *Otro*, diferente, lejano, distinto, irreducible a una generalidad. Al otro no puedo aprenderlo ni someterlo (no matarás) porque en su revelación yace la verdad, cualquier idea que haga de él es desbordada a cada momento por su exterioridad. El *Otro*, donde mora el Ser, se revela ante mí como *rostro*, como presencia viva que deshace a todo momento la forma que ofrece, la supera y desborda.

El cara a cara implica ver el *rostro* del *otro*, donde se revela la verdad y al cual se accede por medio del lenguaje, que es la posesión en común del *Mismo* y del *Otro* y que en el discurso vuelve al mundo común, así, la verdad no nos es dada por un pensamiento solipsista y ahogado en el sujeto, sino que el pensamiento es *hablar*, es comunicación con el Otro en su diferencia y exterioridad, sin pretender globalizar la subjetividad por el pretexto del lenguaje y sus estructuras esenciales.

En Levinas, la ética como relación de hombre a hombre, es una relación cara a cara, rostro a rostro, donde el *Otro* es a la vez *Mismo* para sí, y el *Mismo* es *Otro* para el *Otro*, y sus rostros se expresan por medio del lenguaje en la verdad intersubjetiva. La ética propia de seres humanos es una ética de alteridad y diferencia que re-significa y constituye todo el tiempo y, que no pretende alienar al otro en una idea, sino que se entrega a su encuentro relacionándose por medio del lenguaje, el habla, el discurso y la opinión, buscando denominadores comunes y no reflexiones axiomáticas que reduzcan las posibilidades de los sujetos.

La relación cara a cara —los seres— rompe con la particularidad y la totalidad para hacerla trascendente, suprime el poder por el discurso, las ideas por el habla, la homogeneidad por la diferencia, la libertad por la justicia, y el subjetivismo por la alteridad; y nos revela una verdad que no es estática, por el contrario, es siempre expresión. Diría Levinas “... el acceso al rostro es de entrada ético” (LEVINAS, 1991, p. 79). el rostro mismo grita el mandato “no matarás”, condición esencial para que segundo a segundo se reviva la alteridad.

Podríamos decir que el carácter universal y racional de la ética – de la alteridad- es la relación denominada “cara a cara”, donde se reconoce en el rostro del otro, en medio de las circunstancias que lo rodean, del diario vivir, aún sobre el desconocido y extraño. Hemos



hablado del diálogo como lo no universal frente a las relaciones éticas de la alteridad, sin embargo, se puede seguir afirmando que el rostro del otro habla, incluso, por más desconocido que éste sea, de todas maneras, su rostro me habla.

El cara a cara es el dialogo infinito del encuentro, de la no soledad y la superación del “Hay” absurdo, por la aparición de un Otro que es Mismo y llena las condiciones de la plena alteridad de lo “ya no extraño”. Cara a cara, no es físico frente a físico, sino la necesidad inherente que suscita el alter y el sí mismo. En lo que ya hemos estudiado como Deseo, el filósofo dice: “Pienso en lo que a mi concierne que la relación con el Infinito no es un saber, sino un Deseo. He intentado describir la diferencia entre el Deseo y la Necesidad por el hecho de que el Deseo no puede ser satisfecho; que el Deseo, de alguna manera, se alimenta de sus propias hambres y aumenta con su satisfacción...” (LEVINAS, 1991, p. 87) ... que, en realidad, se alimenta con su eterna insatisfacción.

Es necesario decir que, por el hecho de no mostrarnos como seres en soledad, y en cambio, posibilitarnos como seres de alteridad, existe un camino que recorrer y en ocasiones construir, que resultan consecuentes de ser para otros, superando la aparición como seres solamente en sí y para sí. Significa no morir en el mundo del egoísmo, atrapados por la eterna soledad del gobierno de las sociedades contemporáneas condenadas a vivir solas sin importar que los sujetos estén unos sobre ó al lado de otros, pero al fin y al cabo cualesquiera que sean las situaciones, surge la necesidad de estar en relación con, no importa como y con quien sea.

Este deseo metafísico de ir hacia el otro en un *cara a cara* constituye la responsabilidad, sin esperar las condiciones precarias de la exigencia del auxilio para dar a luz el existencial básico que configura a todos los sujetos en una igualdad impresionante, pero al mismo tiempo alienadora y reduccionista, como la pobreza, la guerra, el exilio y la inhospitalidad que vivimos, pero, al fin de cuentas es Cara a Cara, solo que para unos es cercano y para otros, lejano.

3. *El yo, el prójimo, el amor, Dios y el tiempo*

El Yo gracias a su conciencia subjetiva se constituye como lo *sí mismo*, pero nos preguntamos ¿dónde aparece la alteridad?, ya que, si no lo hiciéramos, nos quedaríamos estancados en el egocentrismo cartesiano, sin que se interprete como una idea peyorativa, pero sí rescatando el



papel de la filosofía levinasiana de la alteridad que rechaza el solipsismo en el cual el sujeto encadena su negativa por la alteridad.

El Yo, es la esencia misma, el *para sí* de la persona que va hacia el Otro. Pero este Yo sufre una transformación que se da por su mismo entorno social, por la cultura en la que se desenvuelve y por la visión que obtiene de las personas, o como el filósofo aclara, acerca del Yo y el Mismo: “La posibilidad de poseer, es decir, de suspender la misma alteridad de lo que es otro en el primer momento y otro con relación a mí, es la modalidad de lo Mismo” (LEVINAS, 1991, p. 61). El Yo se transforma en el Mismo que busca la posibilidad de conocer, esta posibilidad se basa en el poder³, poder de conocer y de juzgar a los otros a partir de mí mismo. “La identificación del Mismo no es el vacío de una tautología, ni una oposición a lo Otro sino lo concreto del egoísmo” (LEVINAS, 1991, p. 62). El Yo se constituye en el Mismo, el que rige a los demás a partir de sí mismo, de su egoísmo. En este caso el yo es identidad por excelencia.

Por lo tanto, el Otro, es el ser que desborda mi idea, es un Ser metafísico que se desarrolla en su epifanía, la revelación de su rostro. Es una totalidad e infinitud en su rostro que busca exterioridad, pero una totalidad que es infinita y por su carácter Metafísico requiere que su exterioridad también lo sea, por esto, es necesario que el Otro se manifieste y, la mejor forma de manifestación y despliegue es el lenguaje.

El lenguaje no se queda en las simples palabras, sino que me lleva a tener una relación activa con el Otro. La relación existe como “existencia” entre el Mismo y el Otro, soportada bajo la comprensión de noema – noesis, pasando al campo del entendimiento solo cuando surge la relación projimal de convivencia, de cercanía, incluso de un otro lejano, virtual y en diversas ocasiones desconocido.

El rostro del otro – incluso extraño- despierta en el Yo el ser para el otro. Levinas describe la relación entre el Yo y Otro mediada por el Deseo, y en dicho deseo, como ya hemos enunciado, hay un encuentro cara a cara, donde se expresa la exterioridad del Otro al Yo, el cual me lleva a reconocer de forma compasiva la exterioridad del Otro que nace de su

³ No olvidemos la concepción hegeliana del Yo planteada por Levinas: El Yo vivido como repugnancia, hastío; la indestructible identidad entre *el yo* y *el sí* cae en la monótona tautología de El Yo es Yo. (LEVINAS, 1991, p. 61)



VI CONGRESO LATINOAMERICANO DE FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN BOGOTÁ, JULIO 12 - 14 DE 2023

Hospitalidad y reencuentro: volvernos a ver para
pensar el sentido de la educación y de la filosofía

interioridad, compasión que se manifiesta en el perdón, y en el reconocer al otro como un Yo, en lo posible, de ninguna manera alienante.

Luego de este encuentro personal y de reconocer al Otro como infinito, se podría llegar a ser- otro para- actuar en favor del Otro. El actuar estaría regido por la voluntad, y esta voluntad a su vez por el Deseo, que sería ese impulso de ir al encuentro del Otro, es un deseo que se produce en el mismo ser del Yo, es decir, es inherente al Yo.

Pero hay varias formas de relacionarme con el Otro ya sea por lo meramente transitivo o en otros momentos por lo intransitivo. Para Levinas la relación debe darse en el acto bueno, “bien” que reflexiona desde Platón. *Ser para el Otro es ser bueno.* (LEVINAS, 1991, p. 271) Además, este acto bueno se ve enmarcado por sentimientos como la amistad y el amor. El Yo movido por ese deseo de ir al Otro, descubre nuevos lenguajes, como las caricias, el abrazo, la mano, etc. es decir, se replantea un encuentro físico, mediado por lo quinesésico aparente. Situaciones regidas por la libertad sin condiciones, por el espacio, el tiempo, y por la fuerza del encuentro e identidad con lo infinito y total: Dios.

Existe una relación expresa entre el amor y el Eros, como fundamento de las relaciones sociales, civiles e incluso familiares. “El Eros no se lleva a cabo como un sujeto que capta un sujeto, ni como una proyección de posible, su movimiento consiste en ir más allá de lo posible” (LEVINAS, 1991, pp. 270 - 271). El Eros por lo tanto va más allá del rostro. El amor no es tomado por Levinas como el deseo puramente trascendente, o explícitamente sensible, sino que se da en el punto intermedio entre estos dos términos (trascendencia y sensibilidad). Sin embargo, puede haber malas interpretaciones del amor, en el caso del amor erótico de la pareja, pues, “la aparición impúdica de la desnudez erótica entorpece el rostro...” (LEVINAS, 1991, p. 274), esta aparición desvirtúa el rostro, que entraría en el plano del Mismo, es decir, estaría necesitado del otro a partir de mi gozo y satisfacción personal, ya no sería entonces el Yo para el Otro sino el Otro para mí.

El yo, como fundamento de las relaciones entre el Mismo y el Otro se ve traspasado por el eje del amor en sus diversas manifestaciones; el amor erótico, familiar, fraternal, maternal y paternal y sobre todos últimos contienen una gran dosis de identidad de sí, en el amor maternal y paternal, la madre y el padre reconocen a su hijo como único, sin negar la existencia a otros hijos y en este sentido se hace fecundo, sin ocultar la relación con los otros.



VI CONGRESO LATINOAMERICANO DE FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN BOGOTÁ, JULIO 12 - 14 DE 2023

Hospitalidad y reencuentro: volvernos a ver para
pensar el sentido de la educación y de la filosofía

Ahora es cuando podemos comprender el papel del prójimo, no como un simple próximo y nada más, sólo lo podremos vivenciar gracias a la idea de Totalidad e Infinito, que ya hemos dicho, Dios. El prójimo no es solamente el que está a mi lado o el extraño desconocido, lo captaré y reconoceré cuando vea en mí la idea de lo Infinito y Total mediado por el amor, la fraternidad, la hospitalidad y el respeto. “El yo se implanta en la fraternidad: que todos los hombres sean hermanos no se agrega al hombre como una conquista moral, sino que constituye su ipseidad, porque mi posición de Yo se efectúa en la fraternidad, el rostro puede presentarse como rostro” (LEVINAS, 1991, p. 287).

El hecho de constituirme responsable del otro, de mi prójimo en el cara a cara sobre un tiempo determinado e indeterminado a la vez y, como abertura al otro, me posibilita encontrarme conmigo mismo y descubrir el perfecto *Alterius*. De esta forma, es justamente donde encontramos que la categoría “(...) del tiempo es la relación entre seres humanos (...)” (LEVINAS, 1993, p. 221) y es gracias a la historia donde se reafirma la grandeza y miseria del otro, entendido como extranjero, viuda o huérfano. Por lo tanto –Levinas- instaura la verdadera libertad, donde ésta misma se da en la plenitud de “mi ir hacia el otro”, a partir de la intencionalidad projimal que inherente debe contener el Yo, por cuanto me siento –en tanto yo soy- responsable del otro (LEVINAS, 1991, p. 90), asunto que el autor profundiza en los cursos de *Dios, la muerte y el tiempo* (1975 – 1976), donde difícilmente se puede concebir a Dios fuera de la Onto-teo-logía (argumentos tomados de Heidegger), tampoco de la ética y mucho menos desligada del prójimo (LEVINAS, 1994, p. 163), incluso aquel que posee, asedia y toma como rehén, pero que libera y recobra significado en la responsabilidad para ese otro. Ahora bien, frente al concepto Dios, Levinas se atreve, con voz profética, juicio talmúdico y bíblico, a denominarlo como “Infinito” en el texto que es duramente criticado por Ricoeur⁴: *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*, y que dejaré para un siguiente texto...

⁴ Esta importante forma de ver el pensamiento levinasiano a través de las interpretaciones agudas de Ricoeur se pueden notar en *De otro modo*. Lectura *De otro modo que ser o más allá de la esencia* de Emmanuel Levinas. Barcelona: Antropos, 1999.



Referencias

- DUSSEL, Enrique. *Método para una filosofía de la liberación*. Salamanca: Ediciones Sígueme, 1974, p.
- LEVINAS, Emmanuel. *Totalidad e infinito*. Salamanca, Sígueme, 2002
- LEVINAS, Emmanuel. *Ética e infinito*. Madrid, Visor, 1991
- LEVINAS, Emmanuel. *Cuatro lecturas talmúdicas*. Barcelona, Riopiedras, 1996
- LEVINAS, Emmanuel. *De lo Sagrado a lo Santo*. Cinco nuevas lecturas talmúdicas. Barcelona, Riopiedras, 1997
- LEVINAS, Emmanuel. *Entre nosotros. Ensayo para pensar en otro*. Madrid, Pretextos, 1993
- LEVINAS, Emmanuel. *El tiempo y el otro*. Barcelona, Paidós, 1993.
- LEVINAS, Emmanuel. *De la existencia al existente*. Madrid, Arena Libros, 2000
- LEVINAS, Emmanuel. *Sobre Maurice Blanchot*. Madrid, Trota, 2000
- LEVINAS, Emmanuel. *De otro modo que ser, o más allá de la esencia*. Salamanca, Sígueme, 1999
- LEVINAS, Emmanuel. *Adiós a Emmanuel Lévinas*. Madrid, Trota, 1998
- LEVINAS, Emmanuel. *El Imperio de lo Efímero*. Barcelona, Anagrama, 1990
- LEVINAS, Emmanuel. *Metamorfosis de la cultura liberal*. Barcelona, Anagrama, 2003
- LEVINAS, Emmanuel. *La era del vacío. Ensayo sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona, Anagrama, 1986.
- LEVINAS, Emmanuel. *Más allá del versículo. Lecturas y discursos talmúdicos*. Buenos Aires, Ediciones Lilmod, 2006.
- RICOEUR, Paul. *De otro modo. Lectura De otro modo que ser o más allá de la esencia de Emmanuel Levinas*. Barcelona: Antropos, 1999.